

Esteban Lozano

Operación Madagascar



menos**cuarto**

Colección CUADRANTE NUEVE

X Premio Tristana de Novela Fantástica
convocado por el Ayuntamiento de Santander

© Esteban Lozano, 2018

© de esta edición, MENOSCUARTO [E. CÁLAMO, S. L.], 2018

Diseño de colección: ECHEVE

Corrección de pruebas: BEATRIZ ESCUDERO

ISBN: 978-84-15740-55-1

Dep. Legal: P-94/2018

Impresión: GRÁFICAS ZAMART (PALENCIA)

Printed in Spain – Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES

Pza. Cardenal Almaraz, 4 - 1.º F

34005 PALENCIA (España)

Tfno. y fax: (+34) 979 701 250

correo@menoscuarto.es

www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Para Laura, Eugenia y Demián, con amor,
en este universo y en cuantos existan*

NOTA DEL EDITOR

Se han reunido en el presente volumen los fragmentos que pudieron rescatarse del Diario personal que Adolf Eichmann redactara en la isla de Madagascar a partir del asentamiento en ella de la población judía europea. Las decenas de cuadernos en que las entradas de dicho Diario fueran manuscritas (desde comienzos de la década de 1940 y hasta que sobreviniera el desastre que es de dominio público) han sufrido un severo deterioro causado por el clima de la isla y por el descuido con que las autoridades de turno los han tratado, haciendo evidente la carencia de una política responsable y efectiva de conservación del patrimonio cultural malgache al que el citado Diario, por derecho propio, pertenece. De más está decir que los peritos calígrafos, tras comparar las notas manuscritas en los mencionados cuadernos con la caligrafía que aparece en numerosos documentos oficiales firmados por Eichmann que se conservan en los archivos de las SS en Berlín, e incluso con la que ostenta la correspondencia de Eichmann con sus superiores y con su esposa, coinciden unánimemente en su autenticidad.

En un momento difícil de precisar, Eichmann se tomó la molestia de tachar o, en la mayoría de los casos, de raspar —quizá con el filo de una navaja de Solingen, su

ciudad natal, o con el de su daga de SS— las fechas que asentara en las entradas de su Diario, presumiblemente en el absurdo intento de conjurar el tiempo, hecho que hablaría por sí solo, y muy explícitamente, de la severa alienación que llegó a padecer, si no existieran ciertas entradas puntuales mucho más significativas en cuanto a su estado mental.

Los escasísimos fragmentos rescatados fueron ordenados por el editor tal como aparecen en el presente volumen, con el propósito de conferirles su continuidad cronológica original; continuidad que, entre cuaderno y cuaderno, se hizo, a veces, difícil de determinar. De todos modos, el contenido mismo de esos fragmentos permite, en ocasiones, que el lector los ponga en contexto dentro de la línea temporal. Además, el editor le ha adjudicado a cada uno de ellos, como referencia, una palabra a modo de título que alude a la materia que trata. También se conserva la referencia a los cuadernos de los cuales fueron extraídas las diferentes entradas. Eichmann borró inclusive la numeración correlativa que cada cuaderno exhibía originalmente en el ángulo superior derecho de la cubierta (esto se ha podido determinar en laboratorio, donde las pruebas realizadas sobre el cartón permitieron establecerlo así, intentándose, además, desentrañar en cada caso el número eliminado, aunque con nulo éxito), de modo que los cuadernos rescatados se han vuelto a numerar correlativamente, lo cual, además de denotar transcurso de tiempo, puede crear en el lector la ilusión de tratarse de los distintos capí-

tulos de una novela. De hecho, parte del relato asentado por Eichmann hace dudar acerca de que lo expresado haya sucedido realmente, asemejándose a los apuntes previos a la escritura de una novela de corte fantástico (aunque luego, como sucede prácticamente con toda novela, fantástica o no, pueda resultar difícil, en muchos casos, apartar ficción de realidad como se aparta la cizaña del trigo). Pero sabemos por el propio Eichmann que la escritura de una novela estaba muy lejos de sus intenciones, ya que en una de las entradas se confiesa incapaz de escribir una ficción. Sin embargo, los fragmentos incluidos en los cuadernos 1 y 2 de la presente edición parecieran ser el intento si no de escribir ficción, sí, al menos, de darles forma literaria a los hechos de los cuales el autor se ocupa y a las reflexiones que estos le inspiran; dichos fragmentos fueron, sin duda, escritos por Eichmann en la isla (no obstante ese «Anoche» con el cual se inicia el texto denominado PLAN, y que da cuenta de hechos sucedidos en las oficinas de Eichmann en Viena tiempo antes de su establecimiento en la isla y su nombramiento como gobernador del Protectorado de Madagascar), y su contenido explicita el intento por parte del autor de darle a los hechos por él vividos un orden cronológico que contribuya a situar en tema a un hipotético lector, una especie de «prólogo» que quedó apenas en eso: un impulso inicial de hacer literatura, inmediatamente abandonado (aunque, a este respecto, en todo el Diario encontramos ejemplos de recaídas). Como los citados cuadernos 1 y 2 contienen ma-

yormente información que es de dominio público, el lector impaciente puede comenzar a leer el presente Diario a partir del cuaderno 3, que incluye una entrada en la que el autor esboza, además de las verdaderas intenciones que lo animan (y que causarían la tragedia por todos conocida), los perfiles de dos de sus más frecuentes interlocutores en la isla de Madagascar: la cineasta Leni Riefenstahl y el Dr. Josef Mengele.

Con respecto a esos hechos que Eichmann vivió en la isla, así como a las ideas, planes y experimentos de sus principales interlocutores, hay grandes vacíos en el texto que aquí se publica, producto, como se ha explicado, de la pérdida de la mayor parte de los cuadernos que componían su Diario, así como del severo deterioro que padecieron los aún legibles: queda en manos del lector la tarea de rellenar con sus propias palabras los espacios en que, dado el contexto, las considere faltantes; de leer entre líneas e incluso entre cuadernos; de darle sentido a la historia. Porque es evidente para el editor que el presente volumen encierra una historia, que *hay* una historia en sus páginas, aunque desconozca exactamente cuál. Cada quien leerá lo que quiera o sea capaz de leer, y quizá haya en las páginas del Diario de Eichmann tantas historias como lectores tenga.

En cuanto a las dos partes en que el Diario aparece dividido, surgen de un hecho sencillo: Eichmann, invariablemente, escribía hasta agotar las páginas de cada cuaderno, pero en uno de ellos la escritura se interrumpe a poco de comenzado; el texto que claramente continúa la línea

temporal aparece iniciando otro cuaderno, como si el autor hubiese querido hacer un «borrón y cuenta nueva» en su vida, suposición corroborada por la naturaleza de lo que se narra en las últimas entradas de uno y en las primeras del otro. Al igual que las entradas del Diario, el título elegido para cada una de las dos partes que lo componen alude al tema central que trata, y el hecho de que ambas estén conformadas por la misma cantidad de cuadernos —catorce— es producto no del capricho del editor, ni de una hipotética proclividad a la geometría por parte suya, sino del azar, y apenas contribuye a crear una diluida ilusión de orden en esa sensación de caos que transmite la lectura del Diario.

El texto que aparece al comienzo, a modo de acápite, si bien se trata de una de las entradas del Diario, fue elegido por el editor debido a que funciona perfectamente como muestra del espíritu que animaba a Eichmann durante su gestión como responsable del Plan Madagascar.

Con respecto al sueño recurrente que Eichmann registra, los psicólogos y psiquiatras consultados coinciden en no tener idea alguna acerca de su significado, y mucho menos acerca del por qué Eichmann sostiene que el protagonista de su sueño, ese hombre a quien no conoce, es él mismo. Probablemente se han perdido otros registros del sueño en cuestión, de modo que nunca podremos develar la incógnita.

Cabe aclarar que la grafía de la mayor parte de los nombres propios de origen no alemán que aparecen en el Diario ha sido corregida por el editor debido a que abun-

daba en errores. Probablemente Adolf Eichmann desconocía muchos de ellos y los escribió según su fonética al transcribir los diálogos con sus interlocutores.

Finalmente, en el original aparecen numerosas palabras ilegibles; en algunos casos, se incluyó la más apropiada dado el contexto; allí donde la inclusión de una palabra —o serie de palabras— se prestaba a duda porque cambiaba radicalmente el sentido de lo expresado según se usara una u otra, se optó por suprimir la frase entera, cuando no el párrafo, con miras a mantener la fluidez del relato y la fidelidad a este (es precisamente en función de dicha fluidez que el editor ha evitado la inclusión de puntos suspensivos entre paréntesis señalando los lugares en donde parte del texto ha desaparecido —debido a las mencionadas supresiones o, en la mayoría de los casos, al deterioro de la página—, ya que, por abundar, entorpecerían la lectura). Solo no se ha respetado una de las características del original: Eichmann no dejaba sangría.

DETEDYOS AKEDYDYS, PH. D.

NOTA DEL TRADUCTOR

La presente traducción al castellano del *Tagebuch des Adolf Eichmann*¹ fue realizada sobre el original publicado por Zeugnisse der Geschichte Verlag (Berlín).

Si bien es cierto que Adolf Eichmann nació en la ciudad alemana de Solingen, en Renania, famosa por la calidad del acero de sus navajas y cuchillos, probablemente los modismos que emplea en su escritura provengan de sus años de formación en Linz, Austria, donde hizo sus estudios primarios en la misma Realschule a la que, pocos años antes que él, asistiera Adolf Hitler (incluso, como el mismo Eichmann lo deja asentado en su Diario, a Hitler y a él les tocó en suerte el mismo maestro). Esta era la época en que sus condiscípulos lo llamaban burlescamente «Ziggy»², dado su aspecto de judío, y quizá también porque se hizo amigo de un compañero de estudios, Salomón Khan, en cuyo hogar halló el cariño y el núcleo familiar de los cuales carecía (su madre murió cuando Adolf tenía 10 años, y él

¹ *Diario de Adolf Eichmann*, Editorial Testimonios Históricos. (N. del T.)

² Apodo derivado del nombre Zygmunt, muy común entre los judíos polacos, a la sazón la mayor etnia judía de Europa. (N. del E.)

nunca se llevó bien con Maria Zawrzal, su madrastra), además de aprender a hablar el yiddisch y el hebreo.

Como en Austria Adolf era considerado un extranjero, no le fue posible hallar trabajo, pero su padre era amigo de un dirigente del ala austríaca del Nacionalsocialismo, Ernst Kaltenbrunner, quien auspició el ingreso de Adolf a la sede local del NSDAP (siglas en alemán del Partido Nacional Socialista Alemán de los Trabajadores), situada en Linz. Adolf se afilió al partido, enrolándose el mismo día en las SS (Schutzstaffel, vale decir: el Escuadrón de Protección de Hitler). En octubre de 1934 fue transferido a Berlín, donde realizó tareas administrativas para la SD —el Servicio de Inteligencia— bajo la dirección del SS-Reichsführer (comandante en jefe de las SS) Heinrich Himmler y del SS-Obergruppenführer (teniente general de las SS) Reinhard Heydrich. En cuanto a Adolf Eichmann, ostentaba el cargo de SS-Obersturmbannführer (teniente coronel) por la época en que se celebró la Conferencia de Wannsee, es decir: inmediatamente antes de asumir como gobernador del Protectorado de Madagascar. Acerca de los grados militares de las Waffen-SS, cabe aclarar que no tiene mucho sentido buscar sus equivalentes en otras latitudes, dado que existen diferencias inclusive si comparamos las jerarquías de las SS con las de la Wehrmacht (las fuerzas armadas unificadas alemanas); y aunque las SS eran autónomas y existían de forma paralela a la Wehrmacht, las unidades de las Waffen-SS eran puestas bajo el control operacional del Alto Mando de

la Wehrmacht, con lo que muchas veces los rangos se superponían, creando conflictos en la cadena de mando.

Eichmann obviamente se sentía cómodo al escribir empleando el dialecto del norte de Austria. Entre las complicaciones que su estilo ofrece al traductor al castellano podemos mencionar: preponderancia de sustantivos sobre verbos, frases excesivamente extensas que requieren ser partidas en dos para su mejor comprensión, partículas, uso y abuso de algunos términos que obstruyen gran cantidad de oraciones, etc. El dato biográfico de que Eichmann era, en su época de estudiante, flojo en materias como literatura y arte queda evidenciado en este Diario escrito en Madagascar, tanto en su prosa como en sus opiniones (cuando las tiene). El lector podrá juzgarlo así en las páginas que siguen.

ESTEBAN LOZANO

DIARIO DE ADOLF EICHMANN

Sion, en hebreo ציון, *tsiyon*, es uno de los nombres bíblicos de Jerusalén. Alude a un monte situado cerca de esa ciudad, así como a la fortaleza emplazada sobre dicho monte.

Sion es también una sinécdoque de Jerusalén, así como de toda la tierra de Israel. Los israelitas son llamados, en muchos versículos bíblicos, «hijos de Sion».

El hecho es que la mayoría de los «hijos de Sion» ha vivido por más de dos milenios en la diáspora. Hasta ahora.

Lo que para mí es *Vohitra* para mis judíos puede ser *Sion* o como quieran llamarlo. Pero la Tierra Prometida resultó ser Madagascar, no Palestina, mal que les pese a los sionistas, con Theodor Herzl a la cabeza. «¡El año que viene, en Antananarivo!»
Los caminos del Señor son inescrutables.

PRIMERA PARTE

NOBEL

Cuaderno 1

ANTECEDENTES

De alguna manera, esta historia comienza con un cambio de vocación.

Porque es mucho más excitante cabalgar las nubes de tormenta que retratarlas; manipular los destinos ajenos que los pinceles y los pomos; discriminar a las etnias no arias que mezclar los colores en la paleta; firmar una sentencia de muerte que un paisaje...

De alguna manera, esta historia comienza en el instante en que Adolf Hitler abandona la pintura por la política...

... pero también, de alguna manera, esta historia comienza hace 165 millones de años, en el instante en que un enorme trozo de la costa oriental de África abandona el continente, merced a un gigantesco cataclismo, y deriva a lo largo de 400 kilómetros hacia el noreste —excursión que le insume 45 millones de años— para ser bautizado, 165 millones de años después de la escisión, como Madagascar —que en lengua malgache significa, según algunos filólogos, *malayo*—, «la Gran Isla Roja» o «la Isla del Arco Iris», como también la llaman.

MISIÓN

Esta historia continuó el 12 de marzo de 1938, cuando el Führer anexó su Austria natal al territorio alemán, con gran júbilo por parte de sus compatriotas, y yo fui enviado a Viena cuatro días después —vale decir: tres días antes de mi cumpleaños número 32—, con la misión de deportar a todos los judíos de Austria y luego a los de toda Europa (¿quién podía estar seguro de cuántos millones eran? Según el American Jewish Comitee, la cifra total de judíos en el mundo ascendía a casi 15.750.000) a los países que los aceptaran. El Reichsmarschall³ Hermann Göring había ordenado al ministro del Interior Wilhelm Frick la creación de la Oficina Central de Emigración para los Judíos (ulteriormente, en enero de 1939, ordenaría al jefe de los Servicios de Seguridad del Reich, el SS-Obergruppenführer⁴ Reinhardt Heydrich, mi superior inmediato, que solucionara la Cuestión Judía mediante la evacuación y la emigración). Los judíos no cabían en el plan de expansión territorial del Führer; plan que, como primera medida, disponía desmalezar el terreno para sembrar arios. ¿Cuán difícil podía ser mi misión?

Marché alegremente de Berlín a mis oficinas vienesas —el hermoso Palacio Rothschild, devenido Agencia de Emigración Judía— sabiendo que tenía el éxito asegurado,

³ Mariscal del Reich. (*N. del T.*)

⁴ Teniente general de las SS. (*N. del T.*)

y además a corto plazo. Luego: ascensos, mayor remuneración, algunas prerrogativas que causarían la envidia de quienes hubieran sido mis pares hasta ese momento y... ¿quién podía saber qué más? Yo conocía por los periódicos la trayectoria de la Oficina Internacional Nansen para los Refugiados, pero a ese organismo la situación se le había ido de las manos debido, en principio, a la cantidad de judíos que queríamos erradicar de Alemania y Austria, lo cual abonaba el terreno para que yo tomase la posta y echara en el surco, a mi antojo, las semillas de aquello que en el futuro me interesara cosechar. Con el cargo jerárquico que a la sazón yo ostentaba y con la tarea humanitaria por cumplir, estaban dadas todas las condiciones para que me convirtiese en el sucesor —en el *exitoso* sucesor— de la Oficina Nansen. En otras palabras: la generosa mano del azar había puesto para mí, a la vuelta de la esquina, la meta que tanto anhelaba alcanzar.

Error.

Los países civilizados de occidente, que se llenaban la boca con palabras solidarias hacia los «pobres judíos maltratados en la Alemania nazi» (así, mediante un apócope malintencionado, como sin duda lo era el término «nazi», abreviaban, restándole gloria e incluso haciéndola sonar como un diminutivo, la palabra Nacionalsocialista), no querían saber nada de aceptarlos entre su distinguida ciudadanía: ni para barrer las calles o limpiar baños los querían. Vale decir: mi ansiada meta *no estaba* a la vuelta de la esquina, o, en todo caso, esa esquina distaba muchos miles de

kilómetros de Alemania y Austria, y no era precisamente Palestina⁵.

PLAN

Anoche, tras un día entero sentado a mi escritorio devanándome los sesos inútilmente para hallarle una solución definitiva a la Cuestión Judía, presionado, además, por la repentina urgencia del Reichsmarschall Hermann Göring, aparté la vista, durante el sueño, de latitudes como Patagonia o Palestina —en las que mis especulaciones diurnas se habían enquistado— y, cuando miré hacia el sudeste, la enorme isla ocupó todo mi horizonte. Supe entonces, con una convicción como pocas veces he tenido en mi vida, que aquella era realmente la Tierra que le había sido Prometida al Pueblo Elegido.

Si registro este sueño es porque ahora compruebo su carácter premonitorio: acaba de llegarme la noticia de que Francia ha pedido el armisticio. De ahí a que nos ceda Madagascar no hay más que un paso. Pétain firmará sin chistar, pensé, yo mismo redactaré el texto del documento.

Hacía apenas tres años, la iniciativa de Michael Lepecki de deportar a los judíos de Polonia a la isla de Mada-

⁵ Eichmann, en 1937, fue enviado a Palestina por el Reich con miras a la creación de un Estado que acogiera a todos los judíos de la diáspora, pero el plan no prosperó. (*N. del E.*)

gascar había fracasado. Ahora era mi turno, con todo lo que ello implicaba. Si el Reino Unido continuaba en su posición neutral, los barcos reclutados para llevar a cabo el éxodo tendrían todas las rutas marítimas despejadas.

Excitado, comencé de inmediato a trazar un plan para presentárselo a Heydrich, quien, de aprobarlo, y a través de la cadena jerárquica —pasando por el SS-Reichsführer⁶ Heinrich Himmler—, lo sometería al arbitrio de Hitler.

Abrí un cajón de mi escritorio y desempolvé el escrito que ya tenía casi por completo olvidado: los principales lineamientos del Plan Madagascar que yo le había hecho elaborar, a comienzos de 1938, a Franz Rademacher, uno de los funcionarios de la sección de Asuntos Judíos de la Oficina Central de Seguridad del Reich. El documento —oficial, en papel membretado y ostentando los sellos y firmas de rigor— estaba redactado con esa torpeza que la mayoría de las veces es hija de la premura, y contenía errores conceptuales inadmisibles en un funcionario como Rademacher. Curiosamente no había en él ninguna corrección hecha de mi puño y letra, de modo que hasta dudé de haberlo leído alguna vez. Me horrorizó la idea de que una copia pudiese obrar en poder del SS-Reichsführer Himmler, lo cual era lo más probable.

De inmediato escribí un nuevo borrador del Plan y una carta dirigida por Heydrich a Himmler (que debía ser

⁶ Jefe Supremo de las SS, cargo político nombrado directamente por Hitler. (*N. del T.*)

firmada por Heydrich como si él mismo la hubiese dictado), en la que le daba sus razones acerca de la importancia de aprobar cuanto antes la ejecución del Plan Madagascar, dejando esta tarea en manos del referente de Heydrich en asuntos judíos, el SS-Obersturmbannführer⁷ Adolf Eichmann, a la vez que le comunicaba «su» punto de vista acerca de ciertos aspectos de los planes trazados en el documento original redactado por Rademacher, objetándolos por inaceptables (crítica en cuya exposición me esmeré, naturalmente), como por ejemplo la administración de la isla a cargo de los judíos, entre otros absurdos. El mayor de ellos: tomar a los judíos deportados a Madagascar en calidad de rehenes «como garantía del buen comportamiento de los miembros de su raza en los Estados Unidos». ¿Cómo se le había podido ocurrir a Rademacher la ridícula idea de que los Estados Unidos querrían *quedarse* a sus propios judíos?, ¿acaso no leía los diarios? *Todos* los países querrían deshacerse de sus judíos, *todos* colaborarían, y de no querer hacerlo ya se encargaría el ministro Goebbels de orquestar una campaña de desprestigio contra los países en desacuerdo (me refiero a aquellos que para entonces aún no estuviesen bajo la bota alemana, claro).

Heydrich coincidió con los conceptos expresados (pocos con tanta sed de gloria como él: era evidente que quería ganarse el crédito de ser el autor material de la limpieza de Europa y del mundo) e inmediatamente firmó la

⁷ Teniente coronel de las SS. (*N. del T.*)

misiva, la introdujo en un sobre que selló con lacre y la despachó mediante uno de nuestros soldados, que trepó a su motocicleta BMW sin que mediara siquiera una pausa para orinar. Si Himmler estaba de acuerdo —y no solo lo estaría: se le haría agua la boca—, hablaría personalmente del asunto con Hitler: ya podía imaginarlo corriendo al domicilio particular del Führer, en la Prinzregentenstrasse de Munich, para entrevistarse con él. Himmler era un hombre sumamente expeditivo y no querría demoras en la instrumentación de una medida de tal magnitud.

Heydrich me ordenó abocarme —«conságrese» fue la palabra que empleó— sin dilaciones y de manera excluyente al Plan Madagascar: tal era su confianza en la aprobación de «su» propuesta por parte de Himmler y del mismísimo Führer.

Como primera medida ordené a mis asistentes que me trajeran al despacho las más completas enciclopedias de la biblioteca pública vienesa y cuanto libro encontrasen que hiciera referencia a Madagascar. Dos horas después comencé a leer el material a mi disposición y a redactar notas como un poseso, elaborando un plan de acción detallado. No sé hasta qué hora de la noche o de la madrugada estuve allí trabajando. Me quedé dormido sobre el escritorio y me despertó la campanilla del teléfono. Al atender noté que ya había amanecido. En mi oído la voz del SS-Reichsführer Himmler dijo las palabras más dulces que jamás había oído en mi vida: «Adolf: acabo de hablar con el Führer y sus palabras textuales han sido: ‘Coordine con el SS-Ober-

gruppenführer Heydrich y con el SS-Obersturmbannführer Eichmann el plan a seguir. ¡Llévense a todos los judíos de Europa a Madagascar o adonde quieran, y asegúrense de que jamás vuelvan a cruzarse en mi camino!».

¡Heil Hitler!